

CLETO Me revientas,
Retama.

RET. No me las niegues,
por Dios Cleto, y considera
que cuando yo te las pido.
Pero que nadie lo sepa.

CLETO ¡Nadie! Ni Carmen tampoco.
(Entregándole las dos pesetas.)

RET. ¡Cá!

CLETO Mira que si se entera
me arma el primer caramillo.

RET. ¿Qué te ha de armar? Es muy buena.

CLETO ¡Por eso precisamente,
que es bien natural que quiera
lo suyo para los suyos!
¡Y que se pone tremenda!

PÉREZ ¡Conque vámonos, que es tarde
¡Retama!

RET. ¡Andando!

PUL. ¡Adiós, prenda!

CLETO ¡Hasta la noche!

PUL. Hasta luego.

CLETO ¡Anda y ábreles la puerta,
muchacha!

RET. No te molestes.

CLETO ¡Adiós!

CLETO Más te valiera
que echases menos discursos
y tuvieses más vergüenza.
¡Vayan ustedes con Dios!

CAR. ¡Adiós!

RET. ¡Adiós!

PÉREZ ¡Adiós!

CLETO ¡Qué gateral!
(Mútis de Cleto por la derecha llevándose la camisa,
y de los otros por la izquierda.)

ESCENA VII

CARMEN y MAXIMINO

MAX. ¡Carmen!

CAR. ¡Maximino!

MAX. Estaba

esperando á que se fueran.
¡Vá á venir!

CAR. ¿José María?
No te creo. Están muy feas
las cosas, y él es muy terco...
¡Pues ya ves!...

MAX. ...¡para que vengal...

CAR. Pues viene.

CAR. ¡Cá!

MAX. Para mí,
que no puede con las penas
que tiene, y que necesita
desahogarse...

CAR. No. Más negras
son las mías, y me aguanto
y me consumo con ellas.

MAX. Calla.

J. MAR. (Dentro.) Pues, adiós, señores.

CAR. ¡Eh! Se ha encontrado en la puerta
con esos...

MAX. Adiós.

J. MAR. ¿Se puede?

CAR. ¡Pase usted!

MAX. ¡Si Dios quisiera!
(Mútis por el fondo.)

ESCENA VIII

CARMEN y JOSÉ MARÍA. Sale éste por la izquierda

CAR. ¡Por fin has venido!

J. MAR. ¿Qué venga te extraña?

CAR. Mi primo me ha dicho que verme querías.
Y á mí me ha contado que tú me llamabas.

J. MAR. Mintió. Yo no puedo
llamarte á mi casa.

CAR. Pues de ella te fuiste, bien haces, sin duda.
Pues ya estoy en ella, charlemos con calma.

J. MAR. ¿De qué? ¿De tus celos?

J. MAR. Mejor de tus faltas.

CAR. ¿Mis faltas?... En una resúmense todas:
¡haberte querido como una insensata!

Haber puesto, enteras,
la vida y el alma
en hombre que nunca pagó mi cariño.

J. MAR. ¡Sembré en mala tierra! ¡Busqué mi desgra-
¿Lo dices, de veras, [cia!
asi, cara á cara?

¡Yo sí que la vida por tí hubiera dado!
¡La diera... aun hoy mismo que sé que me
¿Por qué dices eso? [engañas!

J. MAR. ¿Por qué me maltratas?
Escucha: la tarde que hablaste con Pablo
bien claro veias que yo te miraba!

CAR. ¿Debí no mirarle...
volverle la espalda?

J. MAR. ¿Y á Juan, el armero? ¿¿ampoco el domingo
con él, á la puerta, te he visto de charla?...

CAR. Pasé, y me detuvo;
le hablé dos palabras...

J. MAR. Cien veces me has dicho que te ha preten-
[dido.

CAR. Mas nunca te dije que yo lo aceptara.

J. MAR. De todo recelo.

CAR. Me ofendes, sin causa.

J. MAR. ¿Qué avaro no teme perder su tesoro?

CAR. ¡Quien sabe de sobra que él mismo lo guarda!

J. MAR. Yo sufro dudando.

Las dudas me matan.

Pregunta á mi madre; decírtelo puede.

CAR. ¿A que ella no piensa que yo soy tan mala?

J. MAR. ¡Oh! ¡No! Te defiende.

La pobre baldada

no pide otra cosa que verte de nuevo.

Te quiere, y no vive si no la acompañas.

CAR. ¿Lo ves? Quien bien quiere
no ofende, no ultraja.

J. MAR. ¿Qué vas á decirme? ¿Qué yo no te quiero?

CAR. No sé...

J. MAR. Que te adoro mis celos proclaman.

¿Qué indican mis dudas?

¿Qué prueban mis ansias?

Que sueño contigo, que temo perderte;
que si alguien te mira, mi sangre se abrasa.

(Con pasión creciente.)

Que yo, ser quisiera,

por arte de magia,
la tierra que pisas y el aire que bebas,
¡la luz que en tus ojos refleja sus llamas!

Así es mi cariño.

¡Ya sé que te extraña!

¿Qué sabe de celos tu amor sosegado?

¡Del tuyo hasta el mío va mucha distancia!

¿Por qué no me miras?

¿Qué tienes que callas?

Sufri las traiciones; no sufro el desprecio.

¡Respóndeme al menos! ¡respóndeme, in-

CAR. ¿Qué voy á decirte? [grata!

Tus celos me agravian.

Querer que así duda mas bien es afrenta.

¿De mí desconfías? ¡Pues, vete y acaba!

Terminen las quejas,

las dudas que manchan,

el ruego que humilla, y el odio que acusa,

la ofensa que hiere, y el llanto que mata.

J. MAR. ¿De suerte que es todo

quimera sin causa?

¿Que no tengo pruebas? ¿Que aquella sor-

CAR. ¿Qué dices? ¿Es esa?... [tija?..

J. MAR. ¡La prueba palmaria!

Jamás en tu dedo

logré contemplarla.

¡Qué poco apreciaste mi pobre regalo!

CAR. José...

J. MAR. Tal vez otro lo luce ó lo guarda.

CAR. ¡¡Jesús! ¿Tú sospechas?

J. MAR. ¿Los celos me engañan?

¿Conservas mi obsequio? ¿Mostrármelo pue-
[des?

CAR. ¡Pobreza, á menudo pareces infamial

J. MAR. No entiendo...

CAR. (Con gran amargura.) Mi oculto

secreto me arrancas;

pesar y vergüenza me cuesta decirlo;

pero oye...

J. MAR. ¿Qué es eso?

¿Qué tienes?

¡Ven! ¡Habla!

CAR. Por esa sortija,
—perdona mi falta

dos viejos comieron un día bien triste:
un día en que todo faltó en esta casa.

J. MAR.

¿Por eso?

CAR.

¡Por eso!

J. MAR.

¿Y a-í me ocultabas?

Pudiste pedirme..

CAR.

¿No siendo tu esposa?

Yo al dar la sortija pensé en recobrarla.

Después... no he podido...

J. MAR.

No sigas.

CAR.

Aguarda.

Hoy ya puedo hacerlo. Ven luego, si quieres.

Verás tu sortija; la prueba no engaña.

J. MAR.

Vendré; te lo juro.

CAR.

La puerta está franca.

J. MAR.

¿Por qué, si eso es cierto, no hablaste hasta

[ahora?

CAR.

¿Por qué, si me quieres, dudando me agra-

J. MAR.

Pues, vuelvo.

CAR.

¡Pues, vuelvel

J. MAR.

¿Me esperas?

CAR.

¡Sin falta!

J. MAR.

¡Diosquiera que logres mostrarme la prueba!

CAR.

¡Veremos si aún dudas después de mirarla!

(Mútis José María izquierda.)

ESCENA IX

CARMEN

¡Ay, qué mala es la miseria,
y qué malos son los celos
que así trastornan á un hombre
que es en el fondo, tan bueno!
¿Cómo ha de ver, y ver claro,
si empieza por estar ciego?

ESCENA X

CARMEN y DON CLETO. Este sale, muy gozoso, y como anterior-
mente, con el cuello del gabán levantado

CLETO

¡Hija!

CAR.

¿Qué, padre?

CLETO

¿Qué tienes?

CAR.

Pues, mira, ante todo, tengo

que hablarte.

CLETO

Pues habla tonta.

(Me reservaré el efecto,

que va á ser de tres bemoles.)

Pero, ¿qué pasa? ¿qué es esto?

¿Estás llorando?

CAR.

¡No!

CLETO

¡Vaya,

si lloras! ¿Hay algo nuevo?

¿Un recado de la tienda?

¿Un aviso del casero?

CAR.

No, nada...

CLETO

¡Tú no te asustes

de la vida! ¿No te quiero?

¿No me miro yo en tus ojos?

¡Dí! ¿No hago yo cuanto puedo

por verte feliz?

CAR.

¡Sí, padre!

CLETO

¡Pues entonces! ¡Fuera miedos

y fuera tontunas! (¡Nada!

Llora más. Renunciaremos

á los tres bemoles.) ¡Mirame!

(Se baja el cuello del gabán, y abre éste, dejando ver

la camisa del regalo que lleva puesta.)

CAR.

¡Ay, Jesús!

CLETO

¿Qué te parezco?

CAR.

¡Un príncipe!

CLETO

¡Ya lo soy

por altísimos decretos

de mi hermano!

CAR.

Pero, padre,

¿te has visto bien al espejo?

¡Ven aquí! ¡Jesús!

(Lo lleva junto á uno pequeño que estará colgado de la pared.) ¡Qué majol!

CLETO Mira: cualquier día pierdo la chaveta, me echo al mundo con un trajecito nuevo, y vas tú á ver á las mozas derretirse por mi cuerpo. ¡Porque el *aquél* de los hombres es la gracia! ¡Olé los viejos con *agilibus*! ¡Sonríete muchacha!

CAR. ¡Si es que no puedo!

CLETO ¡No te enfades!

CLETO ¿Yo? ¡No hay duda!

Debe ser algo muy serio.
(Sin darse cuenta de lo que hace, se levanta el cuello del gabán.)

CAR. Pero, qué haces. ¡Tú!

CLETO ¿Qué pasa?

CAR. ¡Qué te levantas el cuello del gabán!

CLETO ¡Hija! ¿qué quieres? ¡la costumbre!

CAR. ¡Por supuesto!

CLETO Con que... vamos... ¿Qué sucede?

CAR. Pues... sucede... que me temo no sé qué... José María no me quiere, y yo le quiero tantísimo, de tal modo, que aunque sus malditos celos me maten, hasta la muerte he de seguirle queriendo!

CLETO ¡Lo de siempre! ¡Vamos, hija! (¡Y yo, qué simple, no haberlo adivinado!) ¡Ten calma!

CAR. Si es que verás.—Tiene un genio imposible.

CLETO ¡Bah!

CAR. Y por todo ha de mover un tiberio. Si hablo con éste... Si salgo de casa...

CLETO ¡Bah!

CAR. Si me quedo

reparando en cualquier cosa por la calle... Si me peino con cuidado...

CLETO ¡Niñerías!

CAR. Y hoy... vamos... hoy me retuerzo de rabia, como una loca, porque él me acusa y yo quiero defenderme, y me hace falta una prueba, y no la tengo.

CLETO ¡Calma!

CAR. ¡Padre, necesito esas dos pesetas!

CLETO (¡Cuerno!)

CAR. ¿Te acuerdas de la sortija que él me dió?

CLETO ¡Sí que me acuerdo!

(Cogiéndola una mano.)

CAR. ¿No es ésta?

CLETO ¿Cuál?

CAR. ¡No la tienes!

CLETO En un día de esos negros, más que la noche, comimos gracias á lo que me dieron por ella.

CLETO ¡Carmen!

CAR. Yo quise sacar poco del empeño, para poder rescatarla en seguida. Me ofrecieron diez pesetas, y no quise más que dos. Pero con eso y con todo, no he podido reservar ni un sólo céntimo para el rescate, y la pobre sortija sigue en su encierro y él me acusa...

CLETO ¡Es un infame!

CAR. ¡Eso no!

CLETO ¡Vaya!

CAR. No es eso, es que los celos le ciegan que no puede poner freno á su enojo, que no sabe lo que se dice en sintiendo

CAPILLA ALFONSINA

la inquietud de la sospecha
y el escozor del recelo...

CLETO
CAR.

¡No llores, por Dios!

¡Qué vida
es esta vida! ¡Y qué perro
es este pícaro mundo
que á los pobres nos han hecho!
¡Ya ves tú! ¡Yo finjo siempre
la alegría que no siento!
¡Y es inútil que resista,
que al fin y al cabo me entrego!
¡Hay que envidiar á mi hermano
que vive en mundos risueños
y es feliz; que no padece
la angustia que yo padezco!
¡y él no la sufre, por loco!
¡y yo la sufro, por cuerdo!
¡No llores!

CAR.
CLETO

¡Cuando tú lloras
no he de llorar! Ven. Lloremos
los dos... ¡Tu cara en la mía!
¡tu pecho sobre mi pecho!
¡Para el dolor de los pobres
no conozco más consuelo!
¡Así se parten las penas,
y así nos tocan á menos!
¡Ay, Carmen!

CAR.
CLETO

¡Padre!
¡Hija mía!
¡Yo sí, yo sí que te quiero!
(Se abrazan llorando.)
(Pausa.)
Verdad.

CAR.
CLETO

Pero, mira, á todo
se puede poner remedio.
¡Yo soy así! ¿Que me achico?
¡Pues al minuto me crezco!
Vamos á ver, si arreglamos
las cosas, por el momento
siquiera...

CAR.
CLETO

¡Sí, sí!
¿Quién tiene
esa papeleta?

CAR.

Creo

que Maximino...

CLETO

Corriente.

Son dos pesetas.

CAR.

¡Sí!

CLETO

¡Bueno!

(¡Yo las saco de debajo
de las piedras! ¡Ya veremos!)
¿Y eso es todo? ¡Pues no es nada!
¿Hablas de veras?

CAR.

CLETO

Ya siento

haber tomado las cosas
en trágico. No lo echemos
todo á rodar por subirnos
de repente al quinto cielo.
Eso es lo que yo pensaba.
Bien, pues ya estamos en eso.
Yo rescato la sortija,
y he de ser yo... porque quiero
ser yo...

CAR.

CLETO

¡Como quieras!

Salgo,

y á los tres minutos vengo,
¿porque estará en esa casa
de abajo, del entresuelo...?
¡Es claro!

CAR.

CLETO

Vuelvo á ponerla

en ese pícaro dedo,
y busco en seguida á Pepe,
y habláis, con las almas, luego,
y tú vas y le perdonas,
y bailamos de contento
los tres; ¡y vengan abrazos
y suspiros! ¡y *laus Deo!*
¡Bravo!

CAR.

CLETO

¡Ya ves si me animo,
chiquilla!...

CAR.

CLETO

¡Qué gusto!

En viendo

que se te alegran los ojos,
por más que aún tienes en ellos
dos lágrimas... Tú no has visto
en mitad de un aguacero
que salta de pronto un rayo
de sol... ¡Pues lo mismo es eso!

Tus ojos están llorando
y á la vez se están riendo.

CAR. ¡Maximino!

CLETO ¡Maximino!

¡Ay, Carmen mía! ¡Qué peso
se me ha quitado de encima!

CAR. ¡Vaya unos viejos, los viejos
como tú!

CLETO ¡Ven á mis brazos
para que te estrechen, cielo!
¡Estos son los de tu padre!
¡Y los de tu Carmen éstos!

CAR. ¡Maximino! (se abrazan.)

CLETO ¡Maximino!

CAR. ¡Carmen!

CAR. Voy...

CLETO Espera.

CAR. ¡Vuelvol

¡Padre, que Dios te bendiga!

CLETO ¡Dios te bendiga, lucero!
(Mútis cada uno por un lado.)

ESCENA XI

CARMEN, DON CLETO, MAXIMINO y DON PACO

CAR. (Dentro.)
¡Maximino!

CLETO (Idem.) Maximino...

MAX. (Saliendo por primera derecha.)
Aquí estoy. Pero ¿quién chilla
de ese modo?

CLETO (Volviendo, viéndolo y yendo hacia él.)
Maximino.

CAR. (Idem.)
¿Dónde estabas?

MAX. Pero, prima...

PACO (Saliendo.)
¿Quién perturba mi reposo
con tan grande algarabía?
¿Qué acontece?

CLETO Pues, ya nada.

PACO ¡Hombre, bien! ¡Muy bien!

CLETO ¿Qué miras?

(Hablan mientras animadamente, en el lado opuesto,
Carmen y Maximino.)

PACO Veo que por fin renuncias
á la insolente manía
de andar por estos salones
de palacio sin camisa.
¡Tentabas ya demasiado
mi paciencia!

CAR. (A Maximino.) ¡Sí; la misma!
¡Dámela! ¡La necesito!
¡Pero, en seguida!

MAX. En seguida. (Mútis.)

PACO Y es digna de tí: bordada,
con encaje...

CLETO Vamos, quita.

(Don Cleto hace ademán de tapanla.)

PACO No la ocultes.

CLETO Si la oculto,
para conservarla limpia.
(A Carmen.)
¿pareció la papeleta?

CAR. Claro que sí. La tenía
Maximino. Ya la trae.
Conque, si me sacrificas
las dos pesetas...

CLETO ¡Ah! tonta.
(Pero, señor; ¿qué podría
yo hacer?)

CAR. ¿En qué estás pensando?

CLETO En nada. (Si doña Rita
la del tercero...)

MAX. (Volviendo.) Aquí está.
(A Carmen.)
¿Es esta, verdad?

CAR. La misma.
Gracias, primo. (A su padre.)
Tome usted.

CLETO Bueno; pues venga la *bimba*,
(Recogiéndola de la silla donde la dejó en la escena se-
gunda.)
y salgo, y en cuatro brincos
estoy de vuelta. ¡Ay, chiquilla!

CAR. ¡Ay, padre!
 MAX. ¡Ay, tío!
 CLETO (Veremos
 si se ablanda la vecina.)
 Adiós, tú.

PACO ¿Dónde vas?
 CLETO Hombre,
 que me arrugas la camisa.
 ¡Déjame pasar!

PACO ¿Qué sandiol
 CAR. ¡Qué bueno! ¡Adiós!
 CLETO Adiós, hija.
 (Y si no... ¡lo que Dios quiera!
 Mejor es... porque la Rita...!)
 (Mútis izquierda.)

ESCENA XII

DON PACO, CARMEN y MAXIMINO

CAR. (A Maximino)
 Ya tú lo ves. ¡Me regala
 todo cuanto tiene!

MAX. Ay, prima;
 si todos fuéramos buenos...
 ¡qué á gusto se viviría!

PACO Cuchicheos, risas, lágrimas,
 vueltas, entradas, salidas...
 ¡si no está loca del todo,
 qué imbécil es mi familia!
 ¿qué miras?
 (A Carmen que, como Maximino, le están mirando fija-
 mente.—Con transición rápida.)
 ¡Ah! ¡Tú no sabes!
 Gracias á mi retentiva
 ya casi, casi, conservo
 de memoria tu poesía...
 Acabo de descubrirlo.
 ¡Qué verdad es, oh sobrina,
 que las personas reales
 somos de clase distinta
 de los demás, y tenemos
 inteligencias clarísimas!

MAX. ¡Decís verdad!
 CAR. ¿Quién lo duda?
 PACO Atended. Ved si mentía:
 «Dábalo ya por perdido
 del todo la facultad,
 cuando entró un desconocido
 y diz que dijo atrevido:
 «Yo salvo á su majestad.»

»Creyendo que era un beodo
 se tomó el suceso á risa,
 pero él siguió de este modo:
 «Póngase al rey la camisa
 de un hombre feliz del todo,

y al momento ha de sanar,
 como otros muchos sanaron.
 Os lo puedo asegurar.»
 Los doctores consultaron
 y dijeron: «¡A probar!»
 ¡Já, já!

CAR. Tío Paco...
 PACO ¡No mientol
 MAX. ¿No ve usted que así se excita?
 CAR. Luego se pone usted malo
 y es peor.

PACO ¡Calla, sobrina!
 (Es como su padre: estúpida.
 Tiemblo por mi dinastía.)
 (Transición.)
 La sé toda, toda entera.
 Pero...

CAR. ¡Señor!
 MAX. ¡Ah! ¡Qué viva
 PACO imaginación! ¡Qué hermosa
 inteligencia la mía!
 (Sigue cogiendo á cada uno de los otros de un brazo.)

«Conmovido el cortesano
 con instintivo respeto
 estrechó al viejo la mano,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1962 MONTERREY, MEXICO